

LO HABÍAN RECONOCIDO AL PARTIR EL PAN - Comentario al Evangelio de P. Ricardo Pérez Márquez OSM

Lc 24,13-35

Dos de ellos iban el mismo día a una aldea llamada Emaús, que estaba a sesenta estadios de Jerusalén. Hablaban entre sí de todas aquellas cosas que habían acontecido. Y sucedió que, mientras hablaban y discutían entre sí, Jesús mismo se acercó y caminaba con ellos. Pero los ojos de ellos estaban velados, para que no lo reconocieran. Él les dijo: -- ¿Qué pláticas son estas que tenéis entre vosotros mientras camináis, y por qué estáis tristes? Respondiendo uno de ellos, que se llamaba Cleofas, le dijo: -- ¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no has sabido las cosas que en ella han acontecido en estos días? Entonces él les preguntó: -- ¿Qué cosas? Y ellos le dijeron: -- De Jesús nazareno, que fue varón profeta, poderoso en obra y en palabra delante de Dios y de todo el pueblo; y cómo lo entregaron los principales sacerdotes y nuestros gobernantes a sentencia de muerte, y lo crucificaron.

Pero nosotros esperábamos que él fuera el que había de redimir a Israel. Sin embargo, además de todo, hoy es ya el tercer día que esto ha acontecido. Aunque también nos han asombrado unas mujeres de entre nosotros, las cuales antes del día fueron al sepulcro; como no hallaron su cuerpo, volvieron diciendo que también habían visto visión de ángeles, quienes dijeron que él vive. Y fueron algunos de los nuestros al sepulcro, y hallaron así como las mujeres habían dicho, pero a él no lo vieron. Entonces él les dijo: -- ¡Insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas y que entrara en su gloria? Y comenzando desde Moisés y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían.

Llegaron a la aldea adonde iban, y él hizo como que iba más lejos. Pero ellos lo obligaron a quedarse, diciendo: -- Quédate con nosotros, porque se hace tarde y el día ya ha declinado. Entró, pues, a quedarse con ellos. Y aconteció que, estando sentado con ellos a la mesa, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y les dio. Entonces les fueron abiertos los ojos y lo reconocieron; pero él desapareció de su vista. Y se decían el uno al otro: -- ¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino y cuando nos abría las Escrituras? Levantándose en esa misma hora, volvieron a Jerusalén; y hallaron a los once reunidos y a los que estaban con ellos,

que decían: -- Ha resucitado el Señor verdaderamente, y ha aparecido a Simón. Entonces ellos contaron las cosas que les habían acontecido en el camino, y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Ninguno de los cuatro evangelistas nos cuenta cómo sucedió la resurrección de Jesús. No hablan del hecho como tal, sino de los aspectos que esa resurrección tuvieron en la comunidad de discípulos y también la dificultad que estos discípulos mostraron para reconocer a Cristo resucitado, vencedor de la muerte. Esto quiere decir, que los textos evangélicos que tratan de la resurrección de Jesús, son para nosotros hoy día, una invitación.

Son la prueba que también podemos tener experiencia del Señor resucitado a pesar de nuestras dificultades. Podemos sentirlo presente, vivo en nuestra vida, en la comunidad de los creyentes, como aquel que infunde coraje y acompaña la vida de cada uno de los componentes de la comunidad y muestra cuál es el camino que hay que ir recorriendo para construir el proyecto del reino, como el evangelio nos propone.

Este domingo de Pascua leemos el texto de Emaús, en el que Lucas ha dejado bien reflejada la dificultad de los primeros discípulos para reconocer al Señor resucitado.

Dice el evangelista que dos de estos discípulos “Iban a un pueblo llamado Emaús, que distaba 60 estadios de Jerusalén, y conversaban entre sí sobre todo lo que había pasado.” La comunidad de discípulos después de la muerte de Jesús se disgrega, y cada uno va a por su lado. Estos dos vuelven para una aldea que se llama Emaús. La aldea en los evangelios siempre tiene que ver con lugares cerrados, con ambientes muy apegados a la tradición. Esto quiere decir que los discípulos se cierran sobre su pasado y prefieren volver a lo que eran sus sueños de grandeza que han visto con la muerte de Jesús, completamente abatidos.

Emaús es un nombre interesante. En el antiguo testamento, en el primer libro de los Macabeos, se trata de un lugar donde hubo una victoria del pueblo judío para conquistar su libertad y su gloria. El evangelista Lucas nos hace entender cómo esos discípulos quieren encerrarse de nuevo en un pasado glorioso que ya no existe pero que esperan que un día pueda de nuevo volver a resurgir.

Uno de ellos se llama Cleofás. También este nombre es interesante porque explica aún más esa la dificultad de los discípulos para salir de la mentalidad que tenían acerca de lo que ellos se imaginaban lo que tenía que ser la venida del Mesías para Israel. Cleofás significa “de un padre glorioso”.

Esta gente buscaba solamente el esplendor. Ser los primeros entre las naciones de la tierra. Con la muerte de Jesús todo esto se ha apagado. Estos sueños de grandeza han sido completamente destruidos.

Jesús no deja solos a estos discípulos tan abatidos y desanimados. Iban por el camino y Jesús se les acercó, pero sus ojos estaban como borrosos y no lo conocieron. Jesús les pregunta

sobre qué están discutiendo. Quedan maravillados que sea el único que no sepa lo que sucedió en Jerusalén sobre la muerte de Jesús, el profeta que tenía que venir a liberarlos, y en cambio ha acabado muy mal, como todos aquellos que se proponían como líderes del pueblo para liberarlo de la dominación romana y acababan fatal.

No comprendieron el mensaje de Jesús. No han tenido presentes sus palabras. Todo lo que ha ido anunciando acerca de una vida que es capaz de superar a la muerte, y de un proyecto que es el del reino, que nada ni nadie podrán nunca sofocar ni quitar de la historia.

Estos discípulos empiezan a sentir que Jesús, cuando les explica las escrituras, algo va cambiando. Será la primera señal del Señor resucitado: explicarles las escrituras. Que se vayan dando cuenta de todo lo que en el pasado se ha dicho acerca de lo que tenía que ser la llegada de este Mesías que no venía para imponer la fuerza o conquistar el poder, sino que venía para dar la vida.

Cuando están para despedirse le piden que se quede con ellos. Este gesto de hospitalidad para Jesús será suficiente para hacerles ver la fuerza de su mensaje y también la potencia de su vida.

Será cuando Jesús esté recostado en la mesa y tome el pan dando la bendición, repitiendo los mismos gestos que había hecho durante la cena, que por fin se les abrirán los ojos a estos discípulos y lo reconocerán como al Señor resucitado.

Lucas está dándonos a conocer de qué manera también nosotros hoy podemos tener esa experiencia fundamental de la vida del Señor resucitado. Vida capaz de superar la muerte si somos capaces de compartir nuestro pan y de ser personas que imitando a Jesús, poniéndolo en el centro de nuestra existencia como aquel que ha ofrecido y compartido su vida con nosotros, también sepamos hacer lo mismo en relación a los demás.

También nosotros podemos ofrecernos como pan para nutrir a los demás. Esta capacidad de comunicar vida es lo que nos permite reconocer la presencia del Señor resucitado, de una vida que no muere nunca.

Se abrieron los ojos de estos discípulos y también sus corazones se llenaron de calor. Esto quiere decir que la palabra de Jesús y el compartir lo que uno es con los demás garantizan esa vida a la persona humana. Jesús ha abierto los ojos a estos discípulos. Ha caminado con ellos. Jesús no los ha abandonado.

Este también es el anuncio de la resurrección: Jesús es quien sigue ayudando a la comunidad para que se les abran los ojos y para que sepan nutrirse de aquello que da vida: los valores del evangelio. Para que renuncien a otros alimentos que matan: la ambición del poder, los prejuicios de cualquier tipo que crean divisiones entre las personas. Los sueños de grandeza que son causa de sufrimiento y de frustraciones para las personas

Abandonar ese tipo de alimento y nutrirse del pan de vida, es decir, nutrirse de la misma palabra de Jesús, de su persona, para que también nosotros podamos ser ese pan, con los ojos

abiertos, demostrando de esa manera que estamos vivos, que nadie podrá nunca arrebatarnos esta vida y que lo que hagamos a favor del reino quedará para siempre como expresión de un amor que se comparte, de una vida que quiere seguir la misma vida de Jesús resucitado.